

Sebastián Rey

Escuela de Ciencias Humanas

Segundo foro: “tendencias y retos de la educación superior en el mundo”

Perspectiva sobre la relación entre la Universidad y la Sociedad

La actual situación de la Universidad en Colombia y en el mundo es una que precisa de atención, tanto más cuanto que parece indicar una reducción radical en la calidad que ésta debe ofrecer. A medida que avanza el tiempo, la misma institución parece estar perdiendo su propio sentido, es decir, no es claro ya el lugar de la Universidad en la sociedad. Digo que no es claro porque antes la Universidad era vista como un espacio donde se formaban personas que trabajasen por el bien de la sociedad. Hoy esa perspectiva es poco menos que confusa. La Universidad parece haberse convertido más en un lugar de socialización, más que en un lugar de estudio. Y es precisamente en la relación universidad-sociedad donde se deben buscar las posibles soluciones, particularmente en la relación que hay entre el estudiante y el docente.

Acaso sea preciso comenzar viendo la relación desde el estudiante:

“La niñez pasada en gran medida mirando la televisión se proyecta en una adolescencia frente al ordenador, y la universidad recibe a un estudiante difícilmente capaz de acoger la sugerencia de que debemos soportar tanto el haber nacido como el tenernos que morir; es decir, de madurar” (Bloom, 2007, pág. 19).

En pocas palabras el estudiante llega a la Universidad desubicado. Las pocas nociones que tiene acerca de lo que quiere estudiar se pierden en la inmediatez, tanto que rara vez se encuentran alumnos que sepan, con certeza, lo que implica aquello que decidieron estudiar. De alguna manera llegan pensando que lo que escogieron es aquello que las va a permitir el éxito material. Las más de las veces se encuentran con que el desarrollo de sus vidas dentro de la Academia es poco romántico, es decir, aquello que escogieron estudiar para desempeñarlo a lo largo de sus vidas tiene altas y bajas con las que es difícil vivir,

pero que es preciso aceptar. A esto se suma la falta de esfuerzo a la que se ven abocados gracias al desarrollo de la tecnología, ya que no es necesario indagar con profundidad en un tema particular, para así poder formar criterios propios, en tanto existen medios que lo facilitan, pero medio que tampoco saben manejar bien. Valga decir que las bibliotecas se usan poco. El leve uso que se les da obedece a la obtención de títulos recomendados por el profesor, que básicamente se reducen a aquellos que están en el programa de clase; rara vez se encuentra a un estudiante buscando libros que no sean los de la clase, buscando títulos que o bien no tengan nada que ver con lo que estudia, o bien vayan más allá de lo que el profesor dice que se debe estudiar.

Así, el lugar del docente también se ve apocado por las necesidades de su propia investigación, por la premura del tiempo que le implica la preparación de las clases. Pero lo más grave es –para mí, la función principal del docente– que a los estudiantes no se les invita, no se les incita a la investigación. En este orden de ideas, la labor docente se limita cada vez más al aula, lo que en sí no está mal, pero que parece estar redundando hoy a sólo eso. Ser docente, la enseñanza como tal, no se puede cerrar al aula, debe ir allende el espacio y tiempo fijados para una clase, debe seguirse fuera del salón. La razón de esto es invitar a la investigación, en ocasiones hacer que los estudiantes choquen con las dificultades que la vida misma plantea, intentar mostrar un camino, mas no imponerlo. La posibilidad, nada despreciable, de todo esto es cultivar un espíritu crítico en los estudiantes, no dejar que sean llevados por una ola de conformismo respecto de lo que el profesor dice, antes bien, hacer que ellos propongan problemas, preguntas, cuestionen. El deber del profesor aquí se ve ya en una mayor dimensión, pero éste debe reconocer que sólo puede invitar, acaso puede acompañar algo en el camino, pero jamás podrá determinar como un absoluto lo que él piensa frente a lo que sus estudiantes piensan. Cultivar un espíritu crítico es siempre una ganancia para la Universidad, y como tal también para la sociedad.

Más arriba se dijo que el estudiante no llega a la universidad preparado para enfrentar las altas y bajas de la vida, para afrontar que es preciso madurar.

La mejor solución es el espíritu crítico, el cultivo del mismo para que tengan mejores herramientas para la vida, lo cual es uno de los pilares más importantes de la Universidad, ya que si se deja de lado esta preparación la Universidad se limita a egresar estudiantes que en el mundo laboral no podrán hacer frente a nada distinto a lo que recibieron en la Universidad. Se justifica así un medio para la mediocridad, que comienza con el profesor, particularmente cuando opta por lecturas sencillas para sus estudiantes, cuando se limita simplemente a mostrar la superficie del problema, sin profundizar en por qué eso es relevante hoy, sin relacionar ese particular con los problemas que aquejan a la sociedad, sin mostrar de dónde viene y hacia dónde va el problema, sin invitarlos a proponer algo para solucionar el problema. Mucha de esta labor va encaminada a la generación de un espíritu crítico en los estudiantes, a invitarlos a ver el mundo no en blanco y negro, sino en los matices de gris de los que se compone la realidad. A grandes rasgos el profesor debe mostrar lo comprensivo de un problema, el espectro que éste puede abarcar, mostrándole así, al estudiante, que el horizonte de comprensión de un problema no se limita a lo inmediato, sino que sus raíces están hondamente afincadas en la cultura y la sociedad. El texto puede ser corto, pero eso no implica que sea sencillo, el problema se puede simplificar pero, como dice Keynes, tiene que estar próximo a los hechos (Keynes, 1985, pág. 75) –un ejemplo de esto es la crítica que hicieron varios estudiantes de Harvard a Mankiw, uno de los principales economistas de la actualidad (Harvard Political Review, 2011)–, de lo contrario la simplificación hará que la teoría se pierda o diga aquello que no quiere defender. La dificultad inherente a los problemas es una que el profesor debe afrontar con determinación, enseñándole al estudiante a desplegar el problema, a verlo en sus múltiples manifestaciones, debe enseñarlo en su relación con la realidad. Cuando se hace lo contrario el estudiante pierde el interés, y el profesor falla en su labor.

Con esto en mente, es preciso fijarse en la perspectiva de la Universidad, la cual está íntimamente ligada a su lugar en la sociedad, a saber: la perspectiva es a futuro. Si bien los egresados de cualquier carrera universitaria han de ejercer su profesión en el presente en que viven, lo que hacen será considerado en el futuro,

es decir, quienes hayan de juzgar a estas personas no están ahora, ya que sólo los que hayan de ver sus efectos podrán hacer el juicio sobre los mismos. La Universidad, entonces, tiene que fijar sus miras en una formación dirigida hacia el futuro, lograr programas que permitan a los estudiantes reconocer las necesidades del presente y pensar en el futuro, sin dejar de lado el hecho de que los problemas a los que se enfrentan remontan su origen al pasado, en pocas palabras, la perspectiva de la universidad se ha de concentrar en el futuro, pero no puede ignorar el pasado, no puede concentrarse en el presente inmediato. Todo egresado debe aprender de sus profesores a ver tanto hacia adelante como hacia atrás, sin olvidar tampoco el lugar y el tiempo en que se encuentra.

Permítaseme recapitular. La relación Universidad-sociedad es una que debe ser vista primero desde la relación que hay entre estudiante y profesor, donde éste ha de preparar al estudiante para enfrentarse con muchas de las altas y bajas de la vida, no sólo a nivel profesional, sino también a nivel personal. Es deber del profesor invitar al estudiante a la investigación, así como también es su deber el de prepararse allende las expectativas básicas que de él se tienen, se responsabilidad va más allá del salón de clases. En esta medida el lugar de la Universidad en la sociedad es uno de gran importancia en tanto debe preparar a sus estudiantes para el futuro, prepararlos para que se desempeñen con excelencia en su presente y que no olviden de donde vienen, así como tampoco pueden olvidar el origen de los problemas que afronta su tiempo

Cómo diseñar, entonces, un currículo que pueda cumplir con estas expectativas es la pregunta rectora de este escrito. Si bien la Universidad se debe enfrentar a los problemas ya señalados, eso no implica que la mejor manera de lidiar con ellos sea ignorarlos, antes bien, para lograr incentivar el espíritu crítico en los estudiantes, los programas, los currículos deben lograr enfoques que sean amplio y a la vez certeros, es decir, los programas deben ser diseñados de manera tal que se pueda dar cuenta de la historia de esa carrera. Por ejemplo, si se trata de un programa como Economía, es preciso mostrar la historia de la misma, los modelos de intercambio y comercio desde la antigüedad hasta el

presente. Anejo a esto debe ir el estudio de los problemas a que se ha enfrentado esa particular área del saber, haciendo especial énfasis en las propuestas de autores clásicos. Claro, esto presenta ya dificultades en la medida en que la propia disposición de los programas se puede hacer onerosa dejando poco espacio para la formación crítica. Sin embargo, es preciso señalar que los programas mismos se deben diseñar para profundizar en las áreas más problemáticas de la misma, teniendo siempre en cuenta que la historia del problema no puede tener más peso que el problema en la actualidad.

Mi área de formación como estudiante es Filosofía, por esta razón quisiera dirigir mi reflexión sobre este problema a esta área en particular. Los programas de filosofía suelen concentrarse mucho en la formación histórica, es decir, un estudiante suele conocer más de historia de la filosofía que de filosofía como tal. Claro, se puede pensar que el conocer la historia de la filosofía es ya estar empapado de los problemas de la filosofía, pero en esa medida la historia de las ideas puede dejar de lado la filigrana de los problemas mismos. Se puede ver que la estructuración de un programa que pueda ahondar en el modelo arriba propuesto debe encontrar un equilibrio entre el pasado, el presente y las perspectivas a futuro, así ¿qué se espera de un filósofo? Por una parte, que conozca bien la historia de la filosofía, también que esté empapado de los problemas recientes y de la forma en que se abordan, ofreciéndole un conocimiento claro de los métodos con que se trabaja en la actualidad. Valga la aclaración, si bien se ofrecen los métodos, es absurda la imposición de los mismos. Un filósofo, un humanista, vive y respira la escritura, y esto es algo que no se puede enseñar, es algo sobre lo que sólo se pueden dar indicaciones generales, mas nunca un modo único para hacerlo. Bien lo dijo Faulkner: no hay técnica para la escritura. Si bien se espera algo del filósofo, ¿cuál es su posición frente al futuro? La misma que la de cualquier otro estudiante: incertidumbre. Frente al futuro cualquiera de nosotros tiene la misma posición. Lo que hace la Universidad es ofrecer, dar las herramientas para poder vivir con esa incertidumbre, la certeza simplemente hace de todos y cada uno seres mecánicos,

seres capaces de repetir tareas indefinidamente, pero la incertidumbre obliga a buscar salidas distintas a problemas diferentes.

La formación pues, se debe concentrar en los problemas, la educación debe fundarse más en problemas que en autores. Lo interesante de este modelo es que precisamente invita a la investigación, es posible con él ver los autores, los textos principales de los mismos, así como los textos menores, proponiéndolo al estudiante la apropiación de los mismos, invitándolo a profundizar y desarrollar aquello que él escoja, aquello que le parezca más interesante, empapándolo también de la actualidad de los problemas, de las forma en que se presentan hoy en día. De esta manera las cargas se equilibran y es posible escapar de las formas clásicas, por así decirlo, en virtud de las cuales el conocimiento, la adquisición de conocimiento, se convierte en la constante repetición de lo que dicen los intérpretes, mas no en la interpretación crítica de los autores por parte de los estudiantes. En esa medida, tal como lo señala Montaigne en su ensayo *Del magisterio* es menester hacer nuestros los conocimientos adquiridos (Montaigne, 2008, pág. 190), sino lo único que podremos encontrar es epígonos que se mueven como máquinas, no seres pensantes y autónomos, capaces de pensar por fuera de lo que se les ha enseñado.

El tiempo que pueda tomar esto es mucho, la Universidad, ciertamente, no puede ofrecer programas de estudio de más de cinco años, pero reducirlos a cuatro empieza a mostrar otros intereses, muy distintos de los que su compromiso y lugar en la sociedad le imponen. La reducción en los programas que toma una universidad parece dar prioridad a la inmediatez, no a la aprehensión de un todo, problema que necesariamente habrá de evidenciar deficiencias en los profesionales. Si bien el nombre de una universidad se da más por sus egresados que por sus estudiantes, ¿qué se puede esperar de los profesiones cuya formación se concentra en la inmediatez de su época?

Bibliografía

Harvard Political Review. (2011, noviembre 2). Recuperado febrero 24, 2012, de Harvard Political Review: <http://hpronline.org/harvard/an-open-letter-to-greg-mankiw/>

Bloom, H. (2007). *Cómo leer y por qué*. Barcelona: Anagrama.

Keynes, J. M. (1985). *Ensayos sobre intervención y liberalismo*. Barcelona: Ediciones Orbis.

Montaigne, M. (2008). *Ensayos I*. Madrid: Catedra.